

LO QUE HAY QUE VER

Black mirror, la nueva idolatría

Las sospechosas unanimidades en torno a una serie británica cuya segunda temporada se apaga por completo



FRANCISCO GARCÍA
PÉREZ

Ya con el pase de los tres primeros episodios (2011, primera temporada) de la serie televisiva británica **Black mirror** se formó el escándalo: estábamos ante lo mejor de lo mejor, ante lo más avanzado de la vanguardia, estábamos ante el límite mismo, ante una nueva manera de ver telefilms. No hubo crítico joven que no se apuntase a aplaudirla hasta romperse los adjetivos. Fijense, decían, que en el capítulo inicial secuestran a una princesa y piden como rescate que el primer ministro copule en directo con una cerda (con un mamífero artiodáctilo del grupo de los suidos, aclaro) y se emita en vídeo la escena. Qué escándalo, qué apuesta más arriesgada, qué grande es su creador, **Charlie Brooker**, lo máximo. Vale, bien, que sí, que el asunto llamaba la atención: ya se dijo aquí mismo. Pero también se añadió que la trama estaba resuelta a la trágala (el suicidio del pintor: un «deus ex machina» de vergüenza ajena narrativa) y que más escandalosas cosas se habían visto en las pantallas y mucho mejor hechas. Sin embargo, los dos episodios siguientes no hicieron más que acrecer la idolatría hacia la serie tanto como, a mi juicio, descender en picado en cuanto a chicha, en cuanto a presunta materia de escándalo y, sobre todo, en cuanto a calidad. En total, tres episodios a los que merecía la pena echar un vistazo, pero que permitían vistas espaciadas a la cocina, mientras se visitanaban, para vigilar lo que se había puesto al fuego, sin temor a perderse nada memorable.

Pero la marimorena prosigue ahora y más alborotada aún, con el pase de la segunda temporada. A ello contribuye, firme y quizá decisivamente, que varios



Black mirror
2.ª TEMPORADA
3 EPISODIOS
CHARLIE BROOKER
CHANNEL 4, REINO UNIDO, 2013

Quien vea en algún episodio una obra maestra es que ha leído muy poca literatura y ha visto muy poco cine

críticos ya talluditos y de gran respeto han saltado al tren en marcha de los gustos más jóvenes para evitar, con casi total seguridad, que se los tilde de obsoletos. Así resulta que el coro es por fin unánime: **Black mirror**, lo nunca visto. No lamento discrepar: si ya la primera temporada caía en intensidad a partir del «escándalo» de la cerda, la segunda se apaga por completo: sus supuestos logros me parecen de una ingenuidad tan pasmosa como pobre de solemnidad, las vi como fabulillas futuristas nacidas de la imaginación de una secta religiosa bastante pacata. Y, debo confesarlo, creo que consiguieron dormirme plácidamente en muchos de sus tramos. Quien, a estas alturas del partido que el siglo

XXI libra, quede ojabierto con la historia de una viuda que se encarga por internet un hombre a imagen y semejanza del difunto (no cuento el final de tanto bochorno como me provocó); con la historia de una amnésica a la que graban con sus móviles los ciudadanos curiosos mientras unos tipos disfrazados la persiguen con asesinas intenciones (no cuento el final, pues no me puedo aún creer que tan barato fuese); con la historia de un dibujo animado muy crítico con los políticos convencionales y que acaba por presentarse como candidato a las elecciones (ni me acuerdo del final: sí recuerdo las carcajadas que me provocó la aparición conspirativa de un agente secreto de la «Agencia», qué risa, por favor, la penumbra de la habitación, el halo de misterio...); quien, digo, vea en estos tres episodios de **Black mirror** tres obras maestras ha leído muy pero que muy poca literatura; ha visto muy pero que muy poco cine; y, por fin, no es espectador habitual de series de auténtico terror, esas series llamadas «documentales» donde, con mucha más crudeza y mucha menos estética de rastrillo benéfico, se cuentan la miseria y la corrupción y las hambrunas y otras catástrofes nada futuristas, actuales a tope (hay veces en que las incrustan en los telediarios), con que convivimos sin saberlo o sin querer saberlo a la vuelta de la esquina.

LECTURAS

Rousseau en Groenlandia

El relato de **Kim Leine** sobre la oscuridad que rodea a los hombres de buena voluntad



RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Nada tan engañoso en ocasiones como el calendario. Nada a la vez tan fascinante como el hecho de que, en un mismo tiempo, bajo un mismo sol, convivan la modernidad más urgente con una mentalidad medieval o incluso antediluviana. Los trabajos de **Galileo** y las cifras del Génesis, las enseñanzas de **Kant** y las mazmorras de la Inquisición, el proyecto de **Darwin** y la quema de ciertos libros vinculados en un único párrafo. Libertad y cadenas: hay materia ahí para que un novelista sueñe.

En 1789, mientras Francia espolea al rocín de la Historia de modo inmisericorde, poniendo en marcha procesos que cambiarán para siempre las coordenadas de nuestra mentalidad, llega a Groenlandia, territorio en manos de la corona de Dinamarca, un pastor protestante que desembarca en la isla más grande de la Tierra con el propósito de llevar la palabra de Jesús a los «salvajes». En su corazón inquieto y torturado, junto a una historia de amor fracasada, como un mantra o un talismán, alienta una frase de Rousseau, uno de los padres intelectuales de la Revolución: «El hombre nace libre, y por todos lados está encadenado».

Esta ambivalencia recorre el fresco histórico que es **El fiordo de la eternidad**, novela exótica por su marco geográfico pero universal por las inquietudes que la conforman, y que halla en Morten Falck, su personaje central, un héroe tan atribulado como excepcional, pleno de matices y capaz de encarnar, con indudable y enorme interés, la quebra entre realidad y deseo, naturaleza y cultura, que acosa al hombre tal y como fue concebido por el autor de **El contrato social**. En la belleza glacial y violenta de Groenlandia, en un mundo dominado por la endogamia, donde la muerte se acepta con tranquila fatalidad, y los pobres, antes de en-

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Se busca cerebro para intelectuales perdidos

Hay que tener la pluma muy bien plantada y atesorar kilos de sabiduría literaria para situarse en el centro de una narración y adornarse como un imbécil. Es lo que hace el inglés **Lars Iyer** en **Magma**, primer panel de una trilogía de culto en el Reino Unido. Iyer es profesor de Filosofía, pero en **Magma** —a la que seguirán **Dogma** y **Exodus**— es, o podría ser, el narrador sumiso, inteligente y anárquico del retrato que, golpe a golpe, va haciendo un tal W. de su propia estupidez. Claro que W. también se reconoce mediocre, incapaz de generar pensamientos dignos de ser anotados. Uno y otro, como unos **Bouvard** y **Pécuchet** transmodernos, le sirven al autor para reirse de la impostura del mundillo intelectual. Dos personajes a la búsqueda de un **Kafka**, un **Blanchot** y un **Bela Tarr** que los iluminen. Dos **Max Brod** sin más **Kafka** a quien gloriar que su propia ausencia de genio. Una gozada con la que Páldo Fuego prosigue la senda abierta con el volumen de charlas con **Foster Wallace** y con **La escoba del sistema**, su primera novela.



Magma (Spurious)
LARS IYER

Traducción de José Luis Amores
Páldo Fuego,
166 páginas. 14,90 euros

Los extraños meandros de un amor imposible

En el periodo de entreguerras, el alemán **Leonhard Frank** (1882-1961) alcanzó con la novela corta **Karl y Anna** (1927) un gran renombre internacional. El lector entenderá el porqué desde sus primeras páginas, pues la inquietante calidad de la despojada prosa de Frank se le impondrá desde el extraño capítulo inicial. Dos prisioneros de guerra alemanes trabajan en una misteriosa e inútil zanja en Siberia durante la I Guerra Mundial. Largos tiempos muertos que uno de ellos, Richard, emplea en evocar para el otro, Karl, el profundo amor que siente por Anna, su esposa. Sin ahorrarse detalles. A tal punto que, frío y soledad de por medio, Karl se enamora de Anna y, tras escaparse del campo, corre a buscarla con la pretensión de hacerse pasar por Richard. Si Karl lograra confundir a Anna con su burda impostura, el lector pensaría con todo derecho que Leonhard Frank le está mandando el pelo. Lo arrebatador es el modo en que se enlazan los mecanismos —amor, soledad, palabras— que disparan una trama en principio imposible.



Karl y Anna
LEONHARD FRANK

Traducción de Elena Sánchez Zwickel
Errata Naturae,
110 páginas. 14,50 euros